

EN TORNO A LAS “TENDENCIAS HISTORIOGRÁFICAS DEL SIGLO XX”

Por Luis Eduardo Páez García
Academia de Historia de Ocaña.

Sin lugar a dudas, la escritura de la historia, desde sus primeras manifestaciones en las civilizaciones clásicas ha tenido sus altibajos, y sobre ella se han emitido infinidad de conceptos críticos tendientes a establecer lineamientos capaces de hacer claridad frente a las publicaciones que hoy se hacen. Esa “historia de la Historia”, de que se habla con frecuencia, hunde sus raíces, para el propósito de este artículo, en el siglo XIX época en la que se comenzaron a definir pautas académicas y metodológicas para ella.

En las décadas de 1930 y 1940, pero especialmente después de la segunda guerra mundial, la teoría marxista, el *Materialismo Histórico*, irrumpe en los estudios históricos para tratar de explicar los sucesos sociales y centra su atención en lo político y lo económico. Algunos historiadores europeos y americanos asumen los postulados marxistas para interpretar las sociedades precolombinas, los hechos históricos del siglo XIX y las transformaciones sucedidas en Europa y los Estados Unidos durante el siglo XX. Resultado del influjo del marxismo en la historiografía, fueron los trabajos sobre la clase obrera, las revoluciones, la historia social y la historia del arte, para no citar sino unos pocos.

Pero no fue sino hasta la década de 1960 cuando de manera científica comienzan a llevarse a cabo los primeros intentos sistemáticos para darle al estudio de la Historia un *corpus* claro, con base en los trabajos que se produjeron después de la segunda Guerra Mundial. Ya en la década de 1970, con mayor experiencia académica, los tratadistas inician una revolución conceptual que pone en tela de juicio la herencia del siglo XIX y los paradigmas establecidos hacia los años 60.

Al tratar el tema de la historiografía actual, el historiador isidro Sepúlveda Muñoz¹ afirma que:

“Resulta imposible realizar un análisis de evolución de la historiografía del siglo XX sin recordar los grandes logros alcanzados por los historiadores decimonónicos... Dos razones principales lo evidencian: por una parte sus fundamentos teóricos y sus prácticas tuvieron una larga influencia hasta bien entrado el siglo...Por otra la existencia de fuertes y contrastadas críticas a estos fundamentos por las `escuelas dominantes` desde los años

¹ Sepúlveda Muñoz, isidro. “Tendencias historiográficas en el siglo XX” En *Tendencias historiográficas actuales*. Universidad Nacional de Educación a distancia. Madrid, cuarta reimpresión, marzo de 2008: 89 – 121.

cuarenta cuyo punto de partida fue una negación de la herencia decimonónica”²

Estos debates que se desprendieron de las posiciones de teóricos, como los positivistas H. Taine, T. H. Bucle, o los historicistas alemanes Ranke, Droysen y Bernheim, sin dejar a Alexis de Tocqueville, entre otros, cuestionaron la predilección por el estudio del pasado o la tendencia a historiar lo contemporáneo. Si lo primero, la Historia debía ser entonces la “ciencia del pasado”; si lo segundo, los historiadores que escribían sobre fenómenos contemporáneos solo lo hacía como periodistas, así que no era posible la existencia de una “historia contemporánea”.

Al analizar este fenómeno, Sepúlveda Muñoz recorre la historia de la Historia desde la segunda mitad del siglo XIX, hasta llegar a lo que se ha denominado la Nueva Historia que involucra la cuestión social como parte fundamental de la escritura histórica y que en América Latina coincide, más o menos, con la aparición de las escuelas o facultades de Historia y Sociología en las universidades hacia la década de 1960.

En todo este marco histórico referencial de la escritura de la Historia, no es posible soslayar la famosa Escuela *Annales*³, considerada hoy por los historiadores como fundamental para la comprensión de la historia de la Historia en el mundo.

“La primera fase del movimiento de *Annales* – señala Sepúlveda Muñoz – se caracterizó por un triple combate: el análisis de problemas frente a la mera narración (‘recusar la historia superficial y simplista que se detiene en la superficie de los acontecimientos’); la ampliación del objeto de la historia hacia nuevos campos, rechazando la unidireccionalidad del énfasis en lo político, en lo que se acabó determinando ‘historia local’; y el llamamiento a la multidisciplinariedad, al diálogo con las ciencias sociales y la utilización de metodologías hasta ese momento extrañas a la historiografía. Epistemológicamente, frente al modo narrativo del historicismo, la nueva historia quería ser analítica, estudiar problemas sectoriales y ocuparse de temas más que elaborar relatos lineales cronológicos”⁴

El objeto de los estudios históricos pasa, entonces, de los personajes notables y destacados al análisis del pueblo, de los movimientos sociales, de la participación de individuos anónimos en los grandes sucesos históricos. La geografía, la economía, la sociología, la antropología, la psicología y la demografía se incorporan a las investigaciones de estos nuevos historiadores, para tratar de escribir y analizar de manera integral la historia de la humanidad. Si bien no se dejaron del todo, las investigaciones ya no se centraron en personajes, batallas, la política o el Estado.

² Id: 92.

³ Que se evidenció en torno a la revista *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, bajo la dirección de Lucien Febvre y March Bloch, en 1929.

⁴ Sepúlveda Muñoz: 95.

Se problematiza la Historia y la narración pasa a un segundo plano. En 1947 Fernand Braudel asumió la dirección de *Annales* y se produce una segunda etapa de la nueva corriente. Otras habrían de surgir en la medida en que figuras como Lacan, Levi-Strauss, Althusser, Foucault contribuyeran con sus trabajos a modificar el pensamiento occidental. Braudel incorpora la corriente estructuralista en *Annales* y se presume entonces que la Historia es la única ciencia capaz de lograr una explicación integral de “todos los saberes parciales”.

La escuela *Annales* mantiene su predominio hasta la década de 1970, bajo el influjo de Fernand Braudel, quien dirigió la revista hasta 1968. En 1978 se produce otro giro en *Annales* y surge una nueva generación de historiadores que trata de conciliar la historia tradicional de cuño positivista con los avances alcanzados por la Nueva Historia. Se despierta el interés nuevamente por la historia política, la historia de la cultura y la historia del pensamiento o la de las mentalidades.

Las nuevas tendencias

Como suele ocurrir en materia epistemológica, los grandes paradigmas que habían hecho carrera, como la concepción funcionalista y las formaciones marxistas, aplicadas a la escritura de la Historia, hacen crisis apareciendo como nuevas tendencias “...a favor de nuevos elementos que antes formaban parte de los mismos y ahora adquieren plena relevancia: las ciudades, las instituciones o los ‘lugares de la memoria’ (ya sean del dolor o del placer; de la conmemoración o del olvido)”⁵

Surge nuevamente el interés por las élites culturales, económicas y políticas, argumentando que ellas ‘... contribuyen a la acción histórica de una colectividad, ya sea por las decisiones que toman, los sentimientos o las emociones que expresan o simbolizan’⁶ Es así como comienzan a proliferar los trabajos sobre los individuos, las colectividades vistas desde la óptica de la raza, la religión, los géneros, las costumbres, los lenguajes o los valores.

Una de las corrientes historiográficas de mayor impacto reciente, ha sido la que estudia

“la *historia de las mentalidades* concepto-denominación que ha sufrido inteligentes matizaciones, dentro de ella se pueden encontrar aportadores estudios centrados en el análisis de las ideas (la libertad, la moral pública, la naturaleza, la marginación, el otro); de los sentimientos (la vergüenza, la compasión, el patriotismo, la enfermedad, el deseo), los valores (la atracción del o la resistencia al totalitarismo) o la memoria (ya del terror, del fascismo de cualquier tipo, de la propia pertenencia a un grupo)”⁷

Como parte de esa misma historia de las mentalidades, hoy se privilegia también la historia de las costumbres que se centra en las manifestaciones públicas o privadas, “las

⁵ Sepúlveda Muñoz: 110.

⁶ Rocher, citado por Sepúlveda Muñoz: 111.

⁷ Sepúlveda Muñoz: 111.

fiestas, los viajes, el deporte”, y todo el acervo de saberes populares materiales e inmateriales, así como el cuerpo humano, la enfermedad, la salud y la muerte.

Hacia mediados de la década de 1980, aparecen en la India los trabajos de Ranajith Guha,

“quien tipificó a los *grupos subalternos*, ya fuera en términos de clase, casta, edad, género u oficio. (...) En Latinoamérica este tema fue desarrollado por Florencia Malon y James Sanders, refiriéndose a casos concretos ocurridos en México, Perú y Colombia. En este país, son reconocidos los trabajos de Alfonso Múnera, Óscar Almario, Aline Helg y Marixa Lasso en el intento por profundizar sobre la participación política de las comunidades indígenas y afrodescendientes”⁸

Con relación a esta nueva corriente historiográfica, la historiadora María Mercedes Tenti⁹, indica que:

“Una amplia franja de actores sociales no se visibilizan en la mayoría de los trabajos historiográficos, contribuyeron a ratificar imágenes preconcebidas por posturas tradicionales. Corrientes emergentes en las últimas décadas ponen énfasis en estas nuevas formas de abordaje, en particular a partir de la conformación del Grupo de Estudios Subalternos en la India, en los 70’ y su desarrollo en los 80’, y luego la aparición de un grupo similar en Latinoamérica en los 90”¹⁰

Es importante destacar cómo las nuevas tendencias historiográficas buscan recatar las vivencias anónimas de la sociedad, pasada y actual, para poder comprender mejor el mundo del presente, tratando de no caer en los determinismos ni en las radicalizaciones políticas o sociales que caracterizaron la escritura de la historia en épocas pasadas. Es oportuno, entonces, mencionar a Lawrence Stone, citado por uno de los autores que ha motivado estas notas, quien:

“destacó cinco diferencias fundamentales entre estos nuevos historiadores y los tradicionalistas: su interés por las vidas, los sentimientos y la conducta de la gente pobre y oscura y no de los grandes y poderosos; la combinación de la descripción con el análisis; la utilización de nuevas fuentes, a menudo documentos de tribunales; el empleo de unos modelos narrativos alejados de la narración clásica, ya que, bajo la influencia de la novela moderna y de las ideas freudianas, exploran cuidadosamente el subconsciente en lugar de

⁸ Pitta, Roger. “La exclusión étnica en la educación básica y secundaria en la nascente república de Colombia, 1819-1825”, en *Rhec*. Vol. 17. No. 17, enero-diciembre 2014 -ISSN 012-7756 - ISSN (Versión online) 2422-2348- pp. 79-100

⁹ “Historiadora, Magíster en Estudios Sociales para América Latina, Doctora en Ciencias Sociales; Profesora e investigadora de la Universidad Católica de Santiago del Estero y Universidad Nacional de Santiago del Estero”

¹⁰ Tenti, María Mercedes. “Los Estudios Culturales, la Historiografía y los sectores subalternos” En revista *Trabajo y Sociedad*, Núm.18, 2012: 318.

apegarse a los simples hechos y, bajo la influencia de los antropólogos, intentan revelar significados simbólicos a través de la conducta; y, por último, el hecho de que analizan la historia de una persona, un proceso o un episodio dramático, no por su importancia en sí, sino por la luz que puede arrojar sobre el funcionamiento de una cultura y una sociedad del pasado”¹¹

Superando los modelos deterministas, como “el económico marxista, el ecológico-demográfico francés vinculado a *Annales*, y el cliométrico americano”, el teórico Stone concluye que la escritura de la Historia actual está muy interesada en descubrir cómo pensaba la gente antiguamente y “cómo era vivir en esos tiempos”, lo cual conduce nuevamente a la narración.

De todo lo planteado, se desprende la escritura histórica amena, sin el acartonamiento científico, más humana e inteligible, y muy cercana a la narración meramente literaria. “En definitiva – nos dice Sepúlveda Muñoz – cabe la posibilidad que la Historia se convierta en una rama más de la Literatura, alejándose de la esfera científica.

En todo este debate, que parece no terminar en una clara posición teórica, aparece el *deconstruccionismo*, derivado de la “lingüística posestructuralista” que busca explicar los fenómenos históricos a través de un completo análisis del lenguaje, es decir, del discurso histórico, lo cual lleva a la revisión de la escritura histórica desde lo epistemológico y lo documental. Con base en estas apreciaciones, es necesario volver a analizar lo que se hace cuando se trata de interpretar el documento histórico, como fuente primaria, y aquello que denominamos “objetividad”

La escritura histórica actual sigue, pues, un proceso de búsqueda en el cual se entrelazan postulados como: la búsqueda de una historia total, las explicaciones “lo más globales posibles” y la denominada “crisis de la modernidad”¹²

Como conclusión de todas estas posiciones que se observan en la actualidad, la búsqueda parece concluir en una “historia multimodal” que tiene “numerosas especialidades que tienden a delimitarse lo más claramente posible y que, más a menudo de lo que sería recomendable, tienen dificultades de comunicación entre sí”¹³

Los intentos historiográficos en Colombia

¹¹ Sepúlveda Muñoz: 112.

¹² Según Sepúlveda Muñoz, “Si el modernismo es una reflexión estética o formal sobre la realidad circundante, la postmodernidad es la conceptualización de la naturaleza de esa realidad social del fin del siglo, los elementos que la componen, de los fenómenos que la caracterizan y de los cambios que la transforman” Entre los fenómenos que caracterizan esta posmodernidad pueden señalarse la transnacionalidad política y económica, la formación de grandes conjuntos regionales, la pérdida de los Estados nacionales de su antigua hegemonía en el control económico, la globalización de mercados productores y financieros, la modificación de hábitos y costumbres sociales, la desmovilización política y la crisis de los valores tradicionales, la revolución de los medios de comunicación y entretenimiento, el acceso generalizado a la educación y la cultura, la revolución científica y tecnológica o las mismas nuevas corrientes de pensamiento que se integran bajo el postmodernismo...” p. 118.

¹³ Sepúlveda Muñoz: 116.

En 1996 Jorge Orlando Melo publica su ensayo *Historiografía colombiana: realidades y perspectivas*, donde da cuenta del desarrollo de la disciplina, especialmente desde la década de 1930 y los avances de la misma y señala el fenómeno de popularización que ha tenido desde la década de 1970, para lo cual pone como ejemplo el tiraje de algunas publicaciones significativas, como la *Introducción a la historia económica de Colombia* de Álvaro Tirado Mejía y el *Manual de Historia de Colombia*, publicado por el entonces Instituto Colombiano de Cultura COLCULTURA.

La aparición de un nuevo público, formado por estudiantes y personas inclinadas al marxismo que no estaban de acuerdo con la historia tradicional, hizo que estas y otras publicaciones más tuvieran amplia acogida en las universidades y en la clase media. “La escritura de la historia tenía mucho de pasión, de lucha política o al menos cultural”, indica Jorge Orlando Melo.

Como ocurrió en América Latina, los historiadores colombianos siguieron un proceso similar al ocurrido en Europa y los Estados Unidos, inclinándose por las corrientes de moda, la escuela de *Annales*, el materialismo histórico, etc. Nace así lo que se ha denominado La Nueva Historia de Colombia que agrupó a los historiadores que discrepaban de la escritura tradicional de la historia, básicamente egresados de las primeras escuelas o facultades de historia de las universidades colombianas. Cita también Jorge Orlando Melo, el ejemplos de la *Historia de Colombia*, de la editorial Oveja negra, la *Historia del Arte colombiano* de Salvat Editores, la *Historia Económica de Colombia*, dirigida por José Orlando Ocampo, y otras publicaciones que se movieron entre las concepciones marxistas y contestatarias.

Alexander Betancourt Mendieta¹⁴, experto en temas de historia de Colombia y Latinoamérica, analiza la escritura de la historia de Colombia desde sus inicios, destacando las diversas etapas que a su juicio han existido, como los proyectos historiográficos durante el gobierno de la Regeneración, la aparición de la Academia Colombiana de Historia a comienzos del siglo XX, la época del Frente Nacional, la aparición de la historia profesional en la década de 1960, los estudios históricos regionales, la historia de la violencia en las décadas de 1960, 1980 y 1990, y una tendencia contemporánea que busca “repensar el país”.

Durante el XVII Congreso Colombiano de Historia, Bogotá, 2015, organizado por la Asociación Colombiana de Historiadores y la Academia Colombiana de Historia, los pronunciamientos de los Presidentes de estas instituciones, reunidos por primera vez en un certamen nacional después de muchos años de mutuas recriminaciones, dieron por zanjado el enfrentamiento entre historiadores profesionales y las Academias de Historia, lo fue de muy buen recibo por parte de los asistentes. En este Congreso, pudimos observar la diversificación de líneas temáticas y narrativas disímiles que recorrieron los

¹⁴ Betancourt Mendieta, Alexander. “La escritura de la historia en Colombia: vicisitudes de una disciplina”. En *Memoria y Sociedad*. Vol. 7, N° 14, abril 2003: 37-59. Betancourt Mendieta es licenciado en Filosofía y letras de la universidad de Caldas. Maestría y Doctorado en estudios Latinoamericanos por la Facultad de Filosofía y Letras de la universidad Nacional Autónoma de México. Investigador del centro Coordinador y Difusor del centro de estudios Latinoamericanos de la UNAM.

escenarios académicos bogotanos, moviéndose entre la rigurosidad narrativa y la cercanía al discurso literario; así mismo, las ponencias, organizadas en 22 mesas temáticas¹⁵, pusieron en claro que los historiadores colombianos no siguen una determinada temática de “moda” en Europa o los Estados Unidos, sino que se interesan en todo aquello que, a su juicio, la sociedad debe conocer.

En 2017, en el Encuentro de Academias y centros de Historia, celebrado en la ciudad de Mompox, cuyo eje central fue el río Magdalena, se privilegiaron las historias locales y regionales y las formas narrativas se inclinaron más hacia lo literario y periodístico que al discurso historiográfico riguroso y técnico.

Vista a vuela pluma la evolución de la historiografía, en Colombia y por fuera de ella, podríamos concluir que la escritura actual de la historia en el país se mueve entre los viejos postulados de la historia tradicional, la corriente de la Nueva Historia y *Annales*, y una tendencia que trata de conciliar todo lo anterior buscando narrativas atractivas que permitan el fácil acceso de los lectores al análisis de los sucesos históricos, entendiendo que la labor del historiador fue y sigue siendo esencialmente pedagógica, y que ello implica, sin dejar la rigurosidad como exigencia historiográfica, un lenguaje inteligible y ameno.

Valgan las citas que insertamos a continuación, para concluir el presente escrito:

Betancourt Mendieta finaliza, diciendo:

“El comienzo del siglo XXI ha llevado a evaluar y repensar las convenciones narrativas del quehacer histórico en Colombia que conviven en diversos espacios de la sociedad colombiana como las universidades y los centros y academias de historia regional que subsisten actualmente, y a fomentar la pertinencia de una profunda reflexión historiográfica...”

Y Sepúlveda Muñoz concluye su interesante reflexión, afirmando que:

“La función básica de los historiadores es el análisis de los fenómenos que han motivado las profundas transformaciones que han dado origen a la sociedad del siglo XX y que son tan amplias y profundas que permiten hablar de la determinación de un nuevo periodo histórico, es el estudio de las consecuencias sociales, culturales, económicas y desde luego políticas que han tenido esos fenómenos; es levantar acta pública de lo que está pasando desde una perspectiva histórica, sabiendo que todo el presente es consecuencia directa de acontecimientos, decisiones y actuaciones precedentes, en ocasiones muy alejadas en el tiempo. Es, en primera y última instancia, dar fe de que la humanidad ha entrado en una nueva era;

¹⁵ Historia social, Movimientos sociales y culturales, Estado y Nación, Conflicto y Paz, Iglesias, creencias y religión, Enseñanza de la historia, Historia y memoria, Historia regional y local, Historia urbana, Historia del arte, Historia política, Historia de las fiestas, Historia intelectual y de las ideas, Historia de la salud, e Historia transnacional. Aunque el eje central del Congreso fue “La paz en perspectiva histórica”, abundaron las ponencias sobre asuntos no relacionados con el conflicto armado o el posconflicto.

explicar o mucho menos determinar cómo será esa era, no es precisamente, labor de los historiadores”¹⁶

Bibliografía

Betancourt Mendieta, Alexander. “La escritura de la historia en Colombia: vicisitudes de una disciplina”, en *Memoria y Sociedad*. Universidad Javeriana, Vol. 7, N° 14, abril 2003.

Pitta Rico, Roger. La exclusión étnica en la educación básica y secundaria en la naciente república de Colombia, 1819-1825”, en “La exclusión étnica en la educación básica y secundaria en la naciente república de Colombia, 1819-1825”, en *Rhec*. Vol. 17. No. 17, enero-diciembre 2014

Sepúlveda Muñoz, isidro. “Tendencias historiográficas en el siglo XX” En *Tendencias historiográficas actuales*. Universidad Nacional de Educación a distancia. Madrid, cuarta reimpresión, marzo de 2008.

Tenti, María Mercedes. “Los Estudios Culturales, la Historiografía y los sectores subalternos” en revista *Trabajo y Sociedad*, Núm.18, 2012

¹⁶ Sepúlveda Muñoz: 119.